

Casos y leyendas de la Villa y Corte (I)

# Magia y milagros en la morería

Para llevar a buen término esta primera ruta por las calles y leyendas, los casos y cosas de esta coronada Villa, sería necesario invocar, en primer término, a los espectros etoplásmicos de tres ilustres Ramones: Mesonero Romanos, el llamado "curioso parlante"; Gómez de la Serna, "Ramón" por antonomasia, y finalmente el de aquel que fue don Ramón María del Valle Inclán, a quien la spectral convocadora sorprenderá probablemente en el restaurante "El Asesino", de Santiago, haciendo participe a la concurrencia de la última historia apócrifa en relación con su brazo inútil

Toda vez presentes los aludidos espectros y ya agarrados a tres de los cuatro brazos de nuestro facistol —en él que previamente habrían sido colocados ciertos volúmenes de obligada lectura— la cuarta vara le sería encomendada al nunca falto de agudeza e ingenio Alfár Cascarrillas, dilente coplista ciego del XVI.

Puestos así en marcha, con el facistol en volandas portado por tan singulares personajes y presidiendo tan simpár comitiva por un escudo de la Villa en estado de levitación, nos dispondríamos a adentrarnos entre los entresijos y vericuetos mágicos, sibilinos y lúdicos de esta impar Villa donde "el ocio, lo lúcido deslaza y que, por tanto, rompe y luce..."

La campana mágica de San Pedro el Grande

Partiendo de la plaza de la Paja y a través de la calle del Príncipe



La campana de San Pedro el Grande, rodeada de connotaciones mágicas

de Angóna, nos situamos frente a la torre mudéjar de la parroquia de San Pedro el Grande, que albergó hasta el siglo XVI una famosa campana, rodeada de ciertas connotaciones mágicas. Se cuenta que la campana, toda vez fundida y presta a ser izada al campanario, resultó ser tan pesada y de tal volumen que los menestrales a quienes tan improba labor les fuera encomendada, decidieron —tras feroces como inútiles esfuerzos— dejarla arrumbada al pie de la torre con la intención de, al día siguiente, más solazados y mejor comidos, intentar de nuevo ubicarla en la torre de marras. Sigue contando la leyenda que al amanecer del siguiente día sonó por todo el barrio el potentísimo tañido de una campana que, toda vez localizada su procedencia, resultó ser la de San Pedro que había ascendido por sí misma y no se sabe por qué medios, a su emplazamiento en lo alto de la torre y que en ese preciso instante tocaba sola, sin que soya

o mano alguna impulsara su hadajo, para sorpresa y beneplácito de la concurrencia.

Toda estas cualidades, lógicamente, acrecentaron rápidamente la fama milagrosa de la campana a la que, durante siglos, le fueron atribuidas ciertas facultades para conjurar nublados y tormentas, de modo y manera que los labriegos de la zona —para medra y contento de los sucesivos párrocos, que vieron sus arcas repletas de dinero— pagaban pingües estipendios para que el sacristán no echara en olvido tan providencial sonido protector de cosechas y espantador de tormentas. Aún hoy puede verse en la torre de San Pedro una campana, al parecer fundida de aquella, en la que se lee la siguiente inscripción: "ECCE VINCIT LEO DE TRIBU JUDA, FUGITE PARTES ADVERSAE", y que en una traducción un tanto libre —cual corresponde a un bachiller lego en estas artes de poliglottismo— significaría más o menos lo siguiente: "He aquí al león vencedor de la tribu de Judá, huid malos augurios".

En los aledaños de la parroquia de San Andrés realizaba sus exorcismos demoniacos el calabrés Genaro Andrenini, el mismo al que Quevedo dedicó uno de sus tradicionales poemas satíricos

Otras mistificaciones eclesiales

También en los aledaños de la misma parroquia realizaba, al parecer, sus exorcismos demoniacos el calabrés Genaro Andrenini, que alcanzara tal renombre con sus prácticas, que Francisco de Quevedo le dedicó uno de sus ya tradicionales poemillas satíricos.

Venid, viejas, a San Pedro, venid que ya está el bravo Andrenini con hitopos, preparado a sacar diablos.

De toda esta serie de creencias, supercherías y supersticiones, que a la postre y como vemos resultaron ingratamente burladas, se conservan algunas realmente curiosas, como la que a continuación pasamos a referir: "Cuando una mujer encinta entrara en la sacristía de una iglesia y sorprendiera al sacerdote en ocasión de ceñir el cíngulo, el hijo nacería muerto. Era menester entonces alejar el maleficio, para lo cual el marido debía hacerse con una prenda cualesquiera de las utilizadas para decir misa, y toda vez la prenda en su poder, debía ser quemada en el hogar, al



Bajo la plaza del Alamillo, decenas de pasadizos secretos

tiempo que se detrahaba vino blanco sobre un trapo limpio y molido y esposa se frotaban las manos con aceite".

Como quiera que fuese —que mejor no conciliar los malquereres de los tragos— dejamos atrás la parroquia de San Pedro y ya de vuelta, y frente a la torre, encontramos a nuestros ilustres anfitriones conversando en animada charla con el dilente madrileño Pedro de Répide, que en este interín se ha unido a la comitiva. Y facistol en volandas, volvemos sobre nuestros pasos para toparnos, calle del Toro mediante, con la plaza del Alamillo.

Pasadizos y moros cultivadores de artes ocultas

El barrio de las morerías, como a bien tiene su nombre a sugerir, fue en tiempos la zona que para vivir escogieron los moriscos que permanecieron en Madrid tras la conquista de la Villa por Alfonso VI. Y si bien en la actualidad no se conserva nada que recuerde estos ancestros árabes, se cuenta que en

Suena un rumor placentero entre el vulgo de Madrid: no habrá mejor caballero dicen, en el mundo entero y algunos le llaman Cid...

Tan bien parado parece que salió el caballero de Vivar tras el lance con el astado animal, que años después —cuando la ciudad obraba ya en poder de los cristianos— se cuenta que volvió a repetir la hazaña en honor a Alfonso VI que había tomado Toledo.

Leyendas taurinas

Otra calle cercana, que también enlazaría con este ambiente de artes mágicas y leyendas taurinas, sería la cercana calle del Toro: un callejón todo él escaleras, angosto y de balcones volados que, según la tradición, debe su nombre a la testuz de un toro que colgaba de uno de los portales de la calle. La testuz de marras contaba con la particularidad de soltar todos los días, y a la misma hora que el animal fuera muerto, una especie de bramido de ultratumba muy semejante a un mugido. Y a esta altura de la narración el espectro de Pedro de Répide parece esbozar un mohín de sonrisa, conoecedor como es de la historia.

Lo cierto es que la noticia corrió como la pólvora cautivando a propios y extraños que todas las tardes se congregaban en el lugar para comprobar por sí mismos el curioso suceso. Finalmente se descubrió que el entuerto lo provocaba cada tarde el hijo del dueño que —sin encomendarse a Dios ni al diablo— huía sonar un cuerno desde el patio de la casa, produciendo de esa manera tan peculiar sonido. Sea como fuere, lo cierto es que la calle ha quedado con ese nombre en memoria de aquel toro que, de una u otra manera, perforó su mugido después de muerto.

Y aquí, con las sonrisas un tanto cómplices y ladinas de nuestros acompañantes —amigos todos ellos de las chanzas y chrirotas— vamos a dar por terminado este primer paseo lúdico por la Villa y Corte. Paseo que no debe ser únicamente seguido a través de estas páginas sino "in situ" y lógicamente acompañados por los mentados próceres que —en este momento— se pierden con sus facistol por vasa usado a saber que oscuros y sibilinos diálogos... sólo Cascarrillas parece querer improvisar, sobre la marcha, un pequeño romance.

Con tres ilustres Ramones acabamos el paseo: Valle Inclán, el "de la Serna" y Romanos, Mesonero.

JESUS MARCHAMALO